

# Carlos de Rokha

4 - X - 62

Por Joaquín MARTINEZ ARENAS

SIEMPRE recuerdo al niño que en 1938 nos leía sus poemas en una esquina cualquiera del gran Santiago. Fui uno de los que escucharon sus primeros cantos mientras resonaba el ritmo urbano y rugía la muchedumbre en medio de los afanes y angustias del cotidiano existir. El niño poeta no hacía caso de la gente que pasaba a su alrededor ni le importaba el rechinar agrio de los tranvías. El vivía en el ritmo de la belleza eterna, en sus grandes y prodigiosos sueños y en las generosas inquietudes de sus años impregnados en el ideal de una vida nueva.

Declaro que en aquel adolescente asomaba la presencia de un gran poeta. Así lo decían sus primeros trabajos hechos a la manera libre predominante en esa época. Se trata de una poesía de entonación muy personal, llena de sugerencias y afianzada en un armonioso ritmo interno que sólo el poeta sabía interpretar y traducir en palabras.

Pasó el tiempo. Después de algunos años volví a encontrarme con Carlos de Rokha, convertido ya en un auténtico valor de nuestra lírica. Un día me dedicó su libro "El Orden Visible", que resume la primera época de su labor. Este comprende varios tomos impresos en un solo cuerpo. Su lectura reafirmó mi convencimiento de ayer: Carlos de Rokha, sin aspavientos, sin máquina trepadora ni escalerillas ajenas, estaba en el camino de la realización del gran poeta.

Aisladamente conozco algunas muestras de su obra posterior. Ellas son

suficientes para comprender la inagotable grandeza de su poesía y el caudal maravilloso y fecundo de sus sueños que muestran los resplandores de un mundo alucinante y herido por las profundidades.

Carlos de Rokha pertenecía a la generación de 1938. Ha sido quizá si el más joven de sus componentes. Se forjó en esos crisoles renovadores. Esta generación no ha sido todavía justipreciada en toda su magnitud e importancia. Su significación e influencia son apreciables en el proceso posterior de la poesía chilena.

Imprevistamente me sorprendió la muerte de Carlos de Rokha. No me pareció posible. No hacía mucho, compartimos, juntamente con Hernán Cañas, uno de los hermanos mayores de la generación de 1938, buenos recuerdos y luchas de otros días de más apasionada convivencia y más esperanza.

Por eso resulta injusto, terriblemente injusto, que un hombre de su condición poética, tan bien dotado de materiales líricos y de tan fecunda labor creadora, entregue prematuramente su presencia física a la tierra madre, en circunstancias de que nada lo acercaba a ese mundo extraño donde las formas se destruyen y tan sólo sobrevive la noche.

A pesar de lo despiadado y arbitrario de los trabajos de la muerte, estoy seguro que Carlos de Rokha encenderá las tinieblas con el fuego mágico y eterno de su poesía.